

Iglesia de Las Capuchinas. Segundo cuerpo y piñón de remate en la fachada.

Característico de la arquitectura eclesiástica barroca de Morelia, es la elevación de piñones o imafrontes que sobrepasando la altura de las bóvedas, dan mayor lujo y prestancia a las fachadas, como son los casos de San Agustín, Guadalupe, San Juan, La Columna, capilla de los dieguinos, La Compañía, Las Monjas, Las Rosas y este de Las Capuchinas. Toda una serie de monumentos que con sólo este detalle dan un tono egregio y de matiz regional a la ciudad.

En Las Capuchinas, como complemento escultórico, lucen dos esculturas exentas: San Francisco, que enmarcado por la ventana del coro nos recuerda que la orden de este convento sigue sus reglas, y en el nicho superior la Virgen de Cosamaloapan, que preside esta iglesia que sustituye la que antes aquí le construyeron los caciques de Pátzcuaro; Mateo y Antonio de la Zerda. La imagen tutelar aún se venera dentro del templo.



Las Capuchinas.

El costado de la iglesia con su portada lateral, y la casa para el vicario, forman una bella plazuela que fue restaurada en 1967. La fuente, que data del siglo XVIII, procede de algún claustro o noble mansión colonial, y llegó al lugar tras peregrinar por diversos rumbos de la ciudad, pues ha sufrido no menos de tres traslados; pero allí encontró refugio y un ámbito urbano apropiado.

Iglesia de Santa Catarina (Las Monjas).

La típica fachada pareada de iglesia para monjas, donde las portadas se juntan, la que debiera ser el frente de la iglesia y la del costado, para así dejar el tramo del coro aislado y en contacto con la clausura del convento, y el tramo restante de la nave, accesible al pueblo. Desde 1590 existió convento de monjas dominicas en la antigua Valladolid, en el sitio que hoy ocupa el de Las Rosas.

El 3 de mayo de 1738 la comunidad se trasladó a su nuevo convento dedicado a Santa Catarina, y este traslado

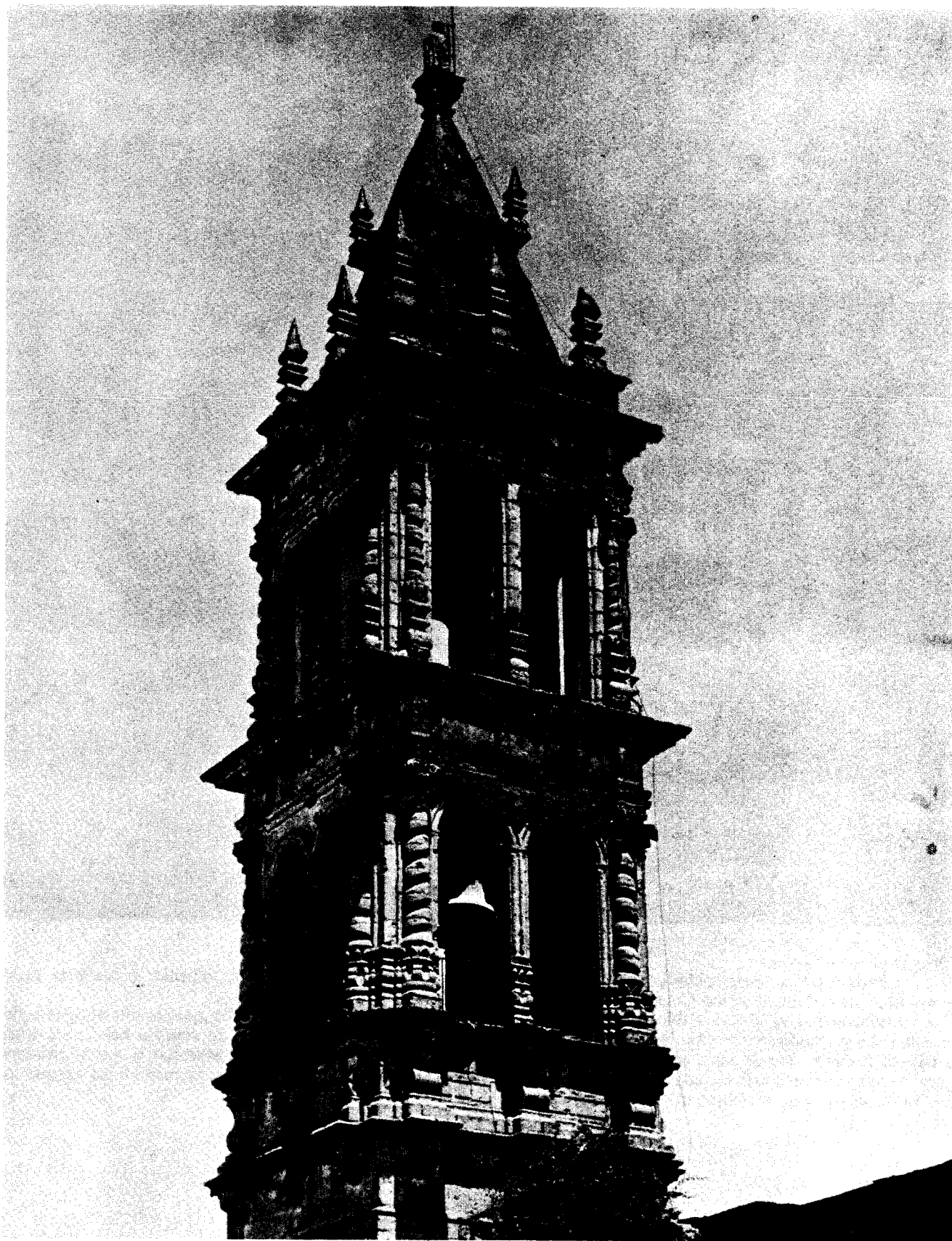


fue un acontecimiento para los habitantes de la tranquila Valladolid, de tal forma quedó en la memoria popular el cambio de “las monjas” del antiguo al nuevo convento, que por ello fue rebautizado este templo, en el dicho de la gente, como de “Las Monjas.”

Es un gallardo ejemplo de barroco de bien estructurado esquema arquitectónico, con reminiscencias platerescas en la decoración de los cuerpos superiores. En los nichos se alojan: Santa Catarina, patrona del templo, y Santo Domingo, cuya regla seguía el convento.

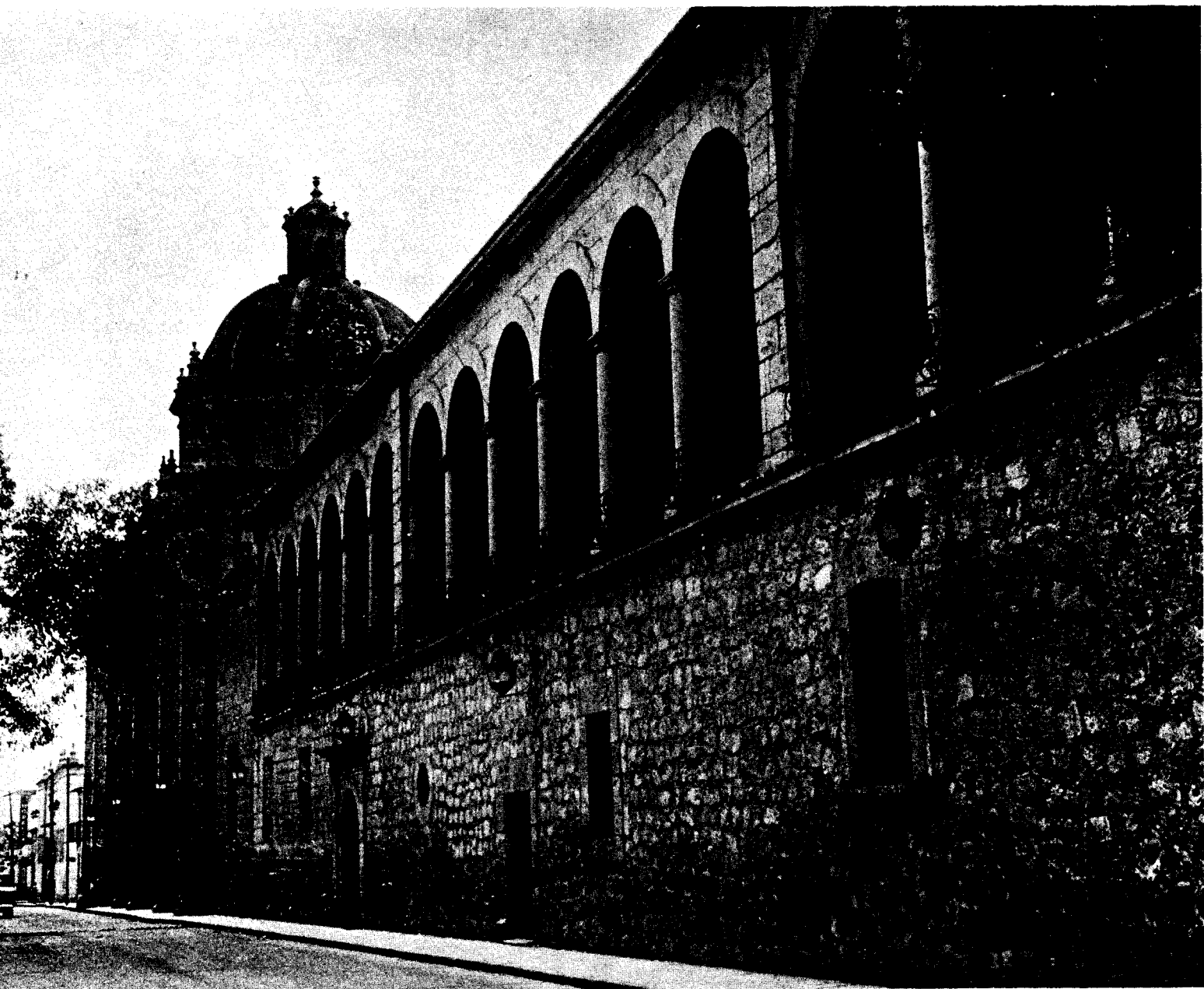


Iglesia de Santa Catarina. Cuerpo inferior de una de las portadas.
Ejemplo de medida y aplomo arquitectónico, donde la textura y molduración del barroco no ignoran el esquema renacentista.



Iglesia de Santa Catarina.

La esbelta y airosa torre es, entre las de conventos de monjas, una de las más notables del país por su doble cuerpo de campanas, el cerramiento adintelado en vez de arcos en el segundo cuerpo y su remate piramidal que recuerda las piras funerarias ornadas con pináculos, de la época colonial. Remata en una bella imagen de Santo Domingo, poco apreciable por la altura en que se encuentra. Esta torre y la cúpula de la misma iglesia son los mejores ejemplares de la ciudad en los que se aplica la modalidad del barroco salomónico.



Colegio de Las Rosas.

Se le considera por su desempeño como el conservatorio de música más antiguo del continente, y hasta la fecha permanece su institución como Colegio de Música Sacra.

Fue construido por el obispo Pablo Matos Coronado, para colegio de niñas, en el solar que ocupó antiguamente el convento de monjas catarinas, las que dejaron de habitarlo en 1738. Es notable en su sencilla belleza, la logia o terraza mirador que se abre con tres tramos de arquerías a todo lo largo de la plazuela que le queda enfrente, para recreo y descanso de las educandas. Aunque ayuno de ornamentación, muestra su monumentalidad en que todos los fustes de sus columnas exentas son monolíticos.

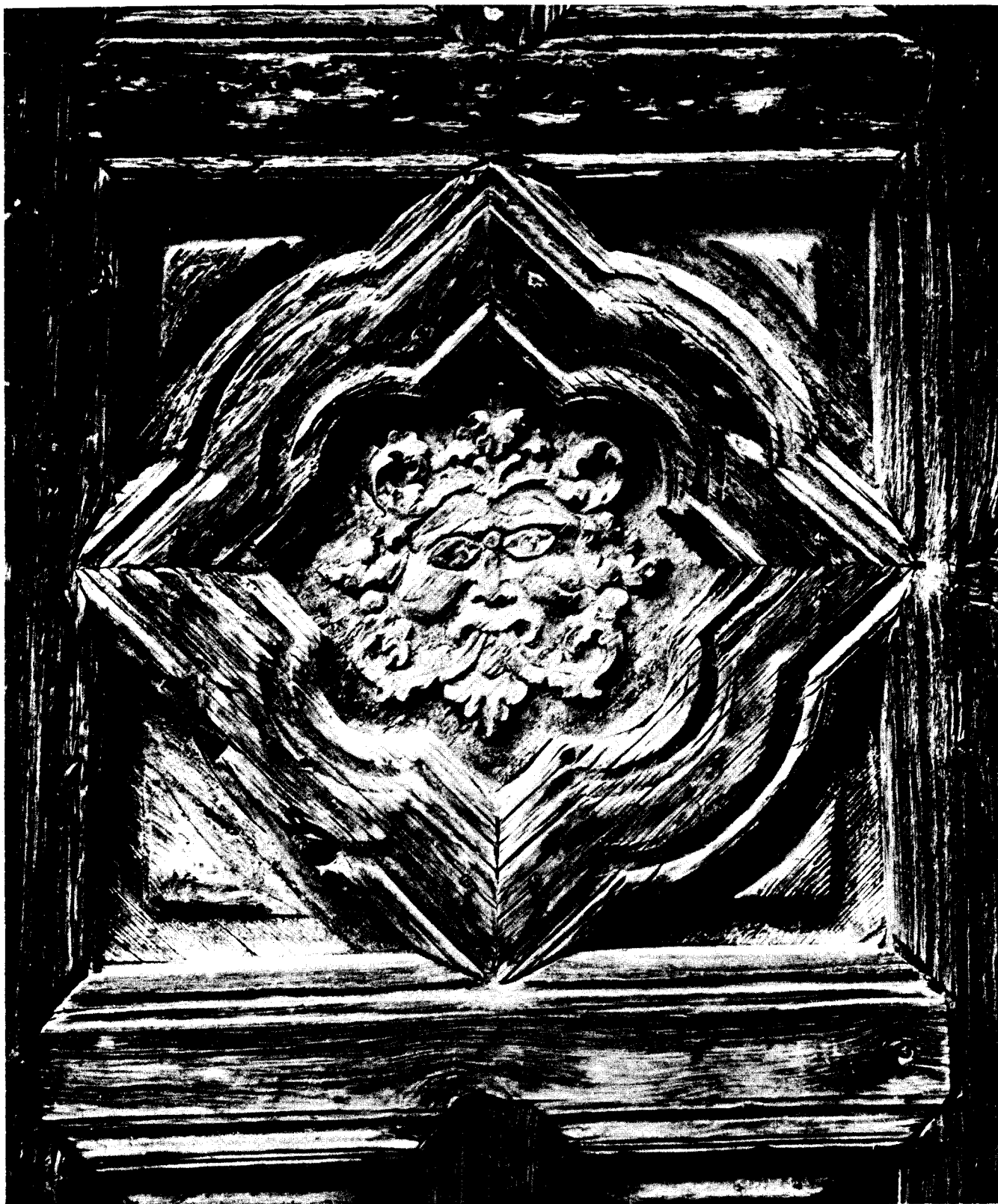


Iglesia de Las Rosas.

Iglesia concluida en 1577 con el mecenazgo del obispo Matos Coronado. Su fachada es pareada por pertenecer a convento de religiosas. Su titular, Santa Rosa de Lima, ha cedido el lugar al nombre genérico de "Las Rosas", debido a que las niñas que se educaban en el colegio adjunto eran llamadas hijas de Santa Rosa y más sencillamente "las rosas".

La hermosa fachada complementa su arquitectura barroca, en que abundan tableros pétreos y guardamalletas, con numerosas imágenes entre otras un gran Santo Domingo sobre el contrafuerte central, de tal manera que es la más rica, escultóricamente considerada, de las fachadas morelianas, después de las de la catedral. Estos relieves representan: a la sagrada familia de Cristo, sobre la puerta de la derecha; a la izquierda, a la familia dominica, con Santa Rosa al centro, y a Santo Tomás de Aquino con el sol de la verdad en su pecho y la paloma del Espíritu

Santo inspirando su pluma, de un lado, y el angélico San Vicente Ferrer, del otro. Se exaltan los piñones de remate con la representación de Dios Padre y el Espíritu Santo que con ello completan la Trinidad, ya que Cristo, el hijo, aparece abajo. Cuatro medallones enmarcan, por parejas, a San Fermín y a San Francisco Javier, evangelizadores y mártires, y del otro lado a San Martín de León y a Santa Teresa, escritor y predicador el uno y escritora y mística reformadora la otra. Esto es, toda la gama de la actividad apostólica y religiosa representada en los cuatro santos.



Iglesia de Las Rosas.

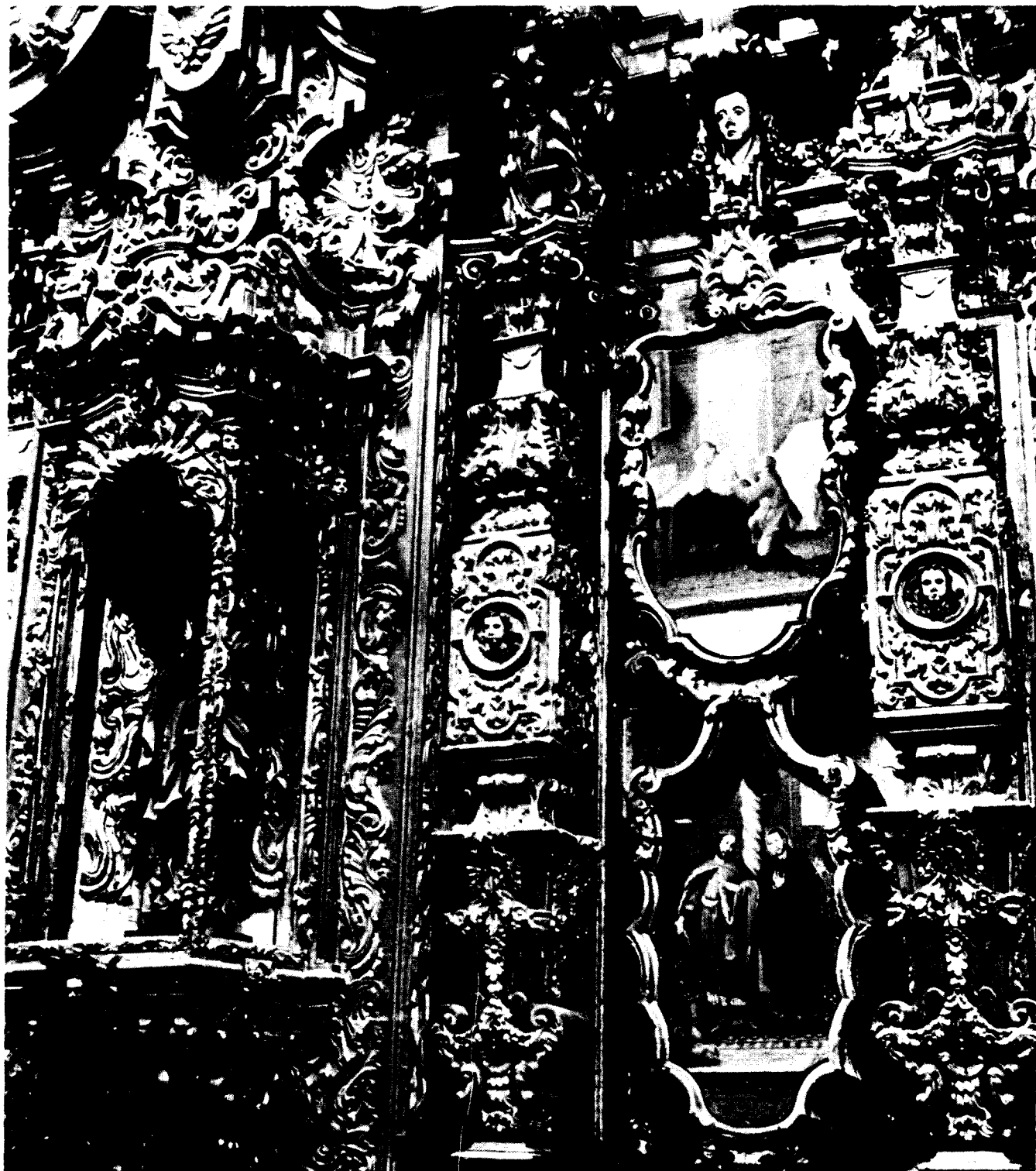
Las puertas llevan, en los postigos, tableros mixtilíneos en los que se alojan antropofitos, o sean hombres-vegetal de remota ascendencia medieval y que al través del renacimiento llegan al barroco, siendo Morelia una de las ciudades en cuya arquitectura más proliferan.



Iglesia de Las Rosas.

El interior de la iglesia conserva tres suntuosos retablos: dos bajo la cúpula, uno de ellos dedicado a San Juan Nepomuceno y el de enfrente a la Virgen acompañada de otras santas mujeres, es decir la santidad masculina y la femenina, que anteceden al hermoso retablo mayor donde predicadores, obispos y otras santas mujeres monjas son como el resumen de la total santidad de la iglesia, que se desarrolla bajo la asistencia de la Trinidad en el remate y con la protección de la Virgen Guadalupe en el segundo cuerpo. Falta en este retablo el fanal o nicho principal para la imagen original de Santa Rosa, también desaparecida, al igual que los dos estípites que la flan-

queaban; pero se conserva el resto de las pilastras, hechas con diversos diseños, destacándose las dos extremas del segundo cuerpo por su combinación de estípite con torso humano para formar una cariátide. La churrigüesca estructura remata el eje de las pilastras en cuatro angelillos músicos, plenos de gracia y movimiento, que muy bien van en esta iglesia que es conservatorio, pues así otorgan al retablo un cierto aire de órgano musical como culminación de esta sinfonía plástica.

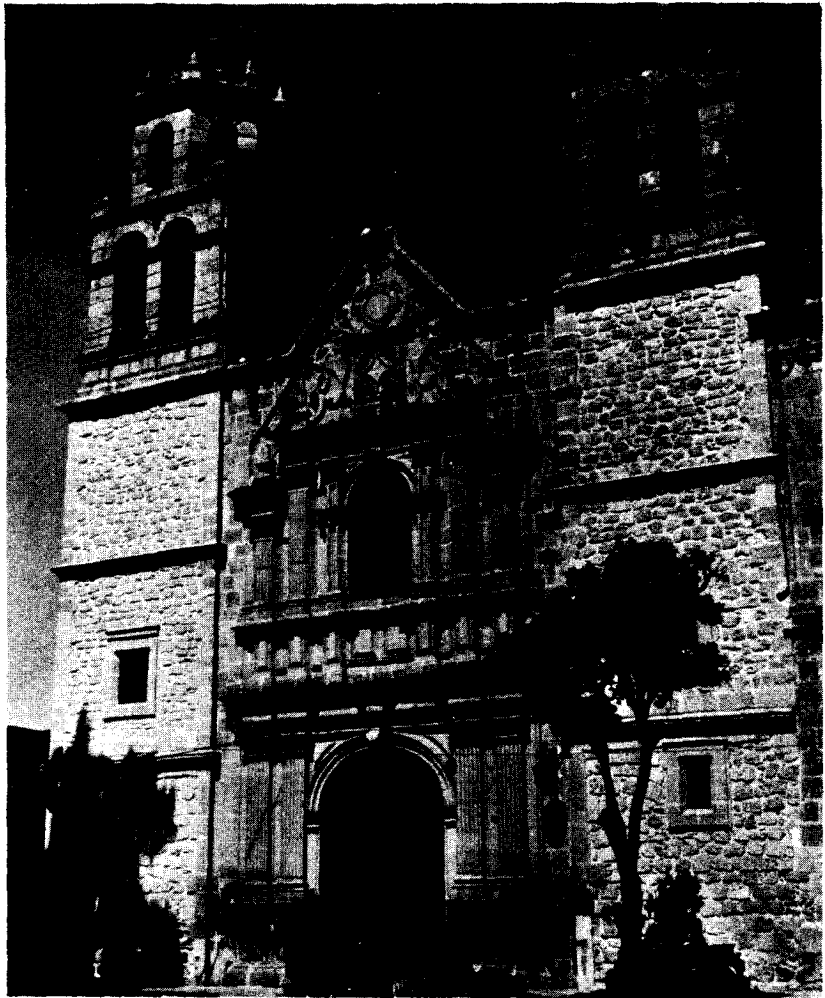


Iglesia de Las Rosas.

El retablo de San Juan Nepomuceno, con su airoso fanal y los vigorosos estípites, es un muy buen ejemplo del estilo churrigüesco.

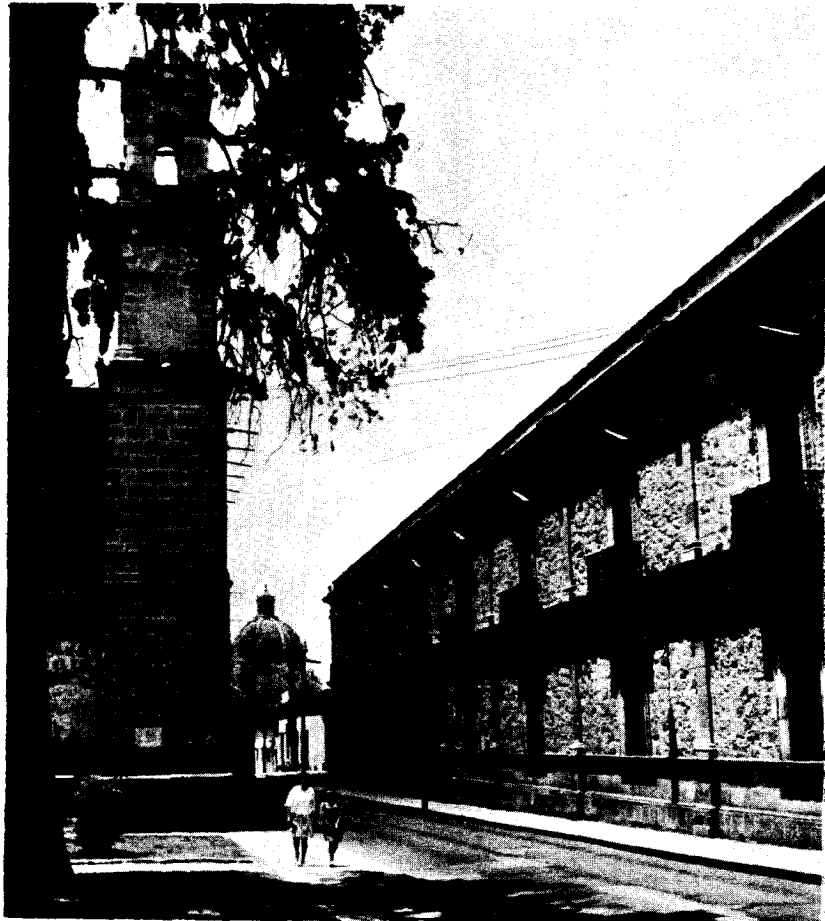
Iglesia de La Compañía.

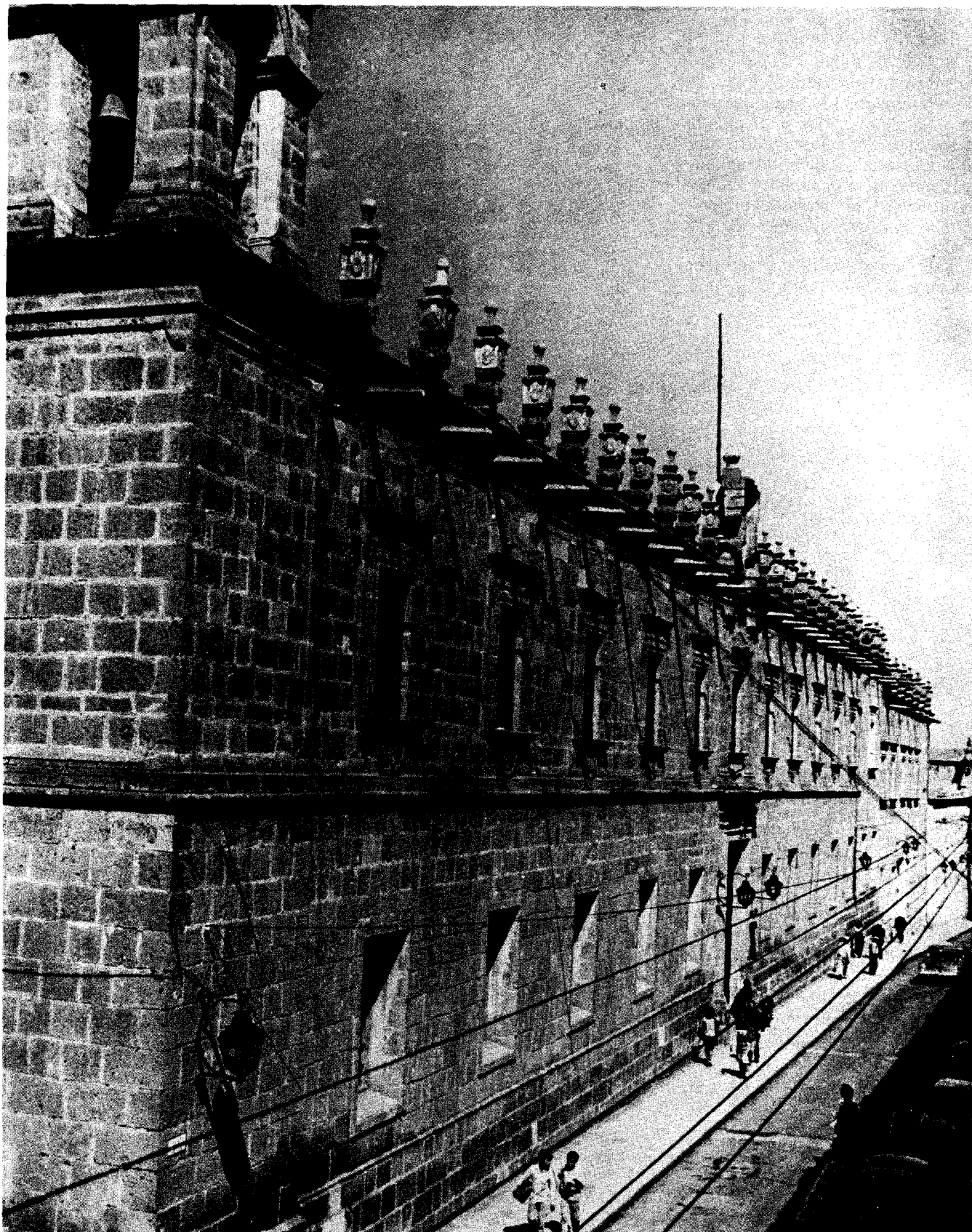
En 1580 se establecieron los jesuitas en la antigua Valladolid, y en 1582 comenzaron la fabricación de su iglesia y colegio. La iglesia data de fines del siglo XVII, y manifiesta claramente su época de construcción en la sobriedad de sus portadas, de un barroco en que pilastras y tableros producen un claroscuro planimétrico que en adelante seguirá siendo característico de la ciudad, al igual que el movido piñón que remata la fachada principal.



Calle de El Nigromante.

A esta calle asoman tres de los más prestigiados colegios coloniales: el de los jesuitas con su fina torre, el de San Nicolás con su fachada lateral reconstruida en estilo neoclásico en el siglo XIX, y el colegio de Las Rosas, que para no hacerse de menos por el declive del terreno, cierra la calle con el esplendor de las portadas de su iglesia que lanza al espacio la gran burbuja arquitectónica de su cúpula.





Colegio de los Jesuitas.

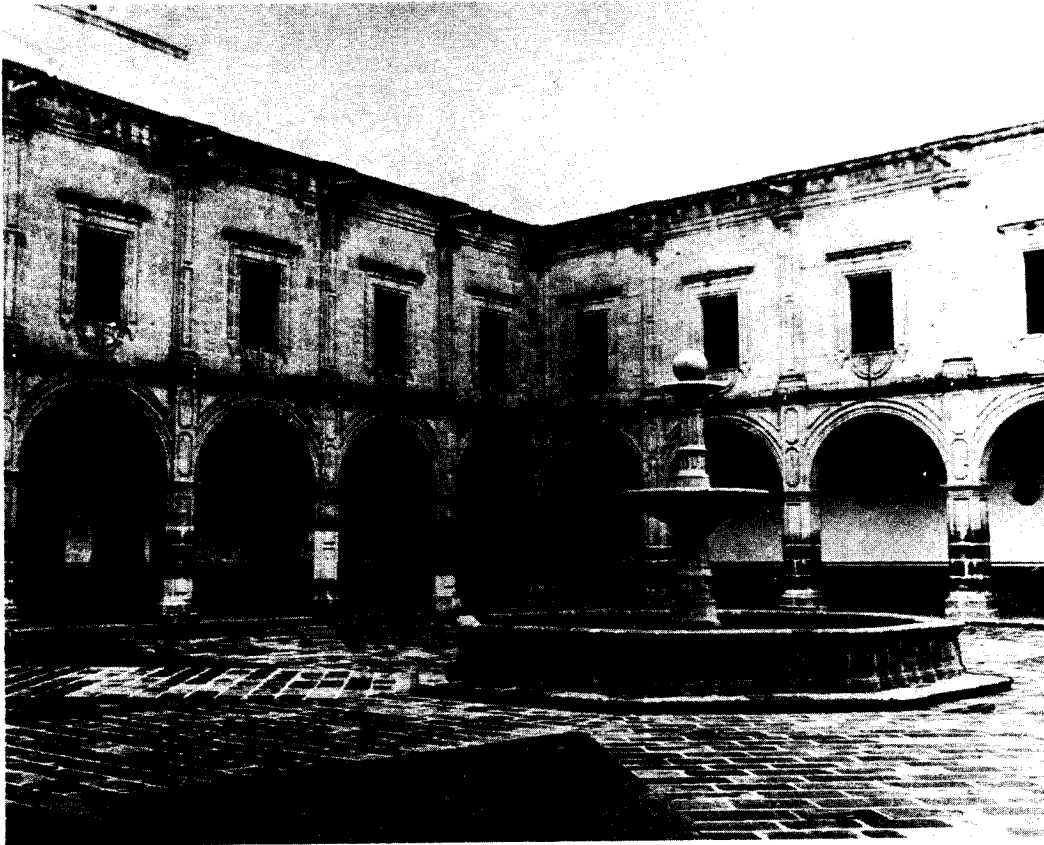
Hoy conocido como Palacio Clavijero, el colegio jesuita fue casi totalmente rehecho en la segunda mitad del siglo XVIII, antes de 1767, año en que los religiosos de la orden fueron expulsados. Fue éste uno de sus mejores edificios en el país, y uno de los más impresionantes dentro de toda la arquitectura barroca civil que de la época colonial se conservan.

(Foto March)



Colegio de los Jesuitas.

La portada de acceso al colegio es un espléndido ejemplo de barroco tablerado, de ímpetu ascensional que culmina en el mixtilíneo imafrente.

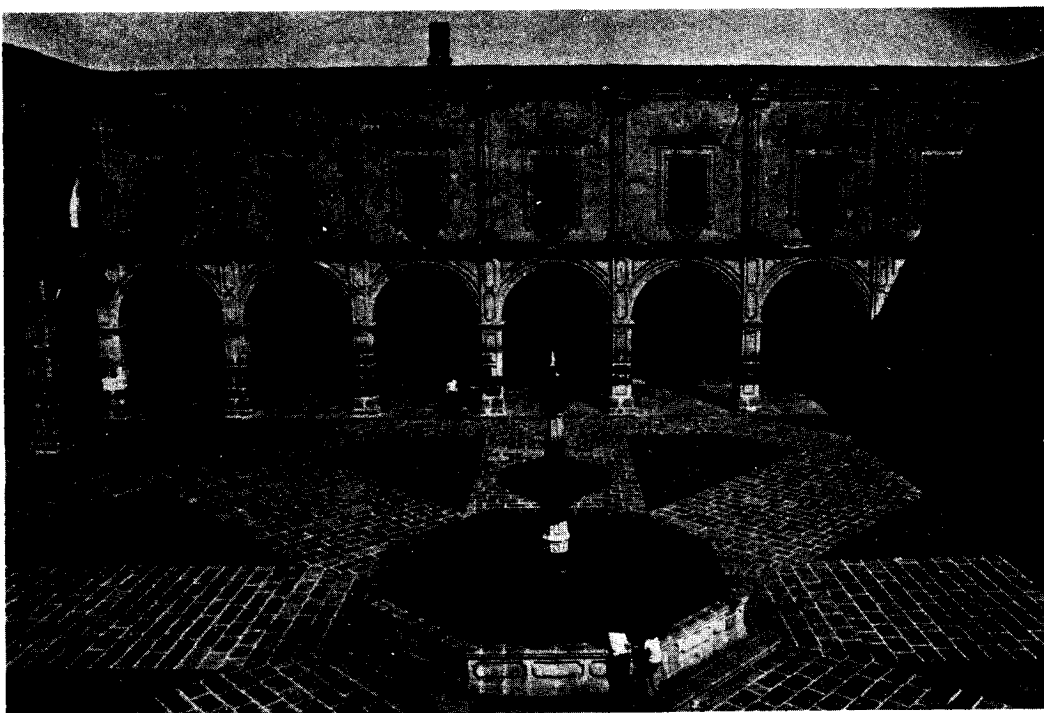


Colegio de los Jesuitas.

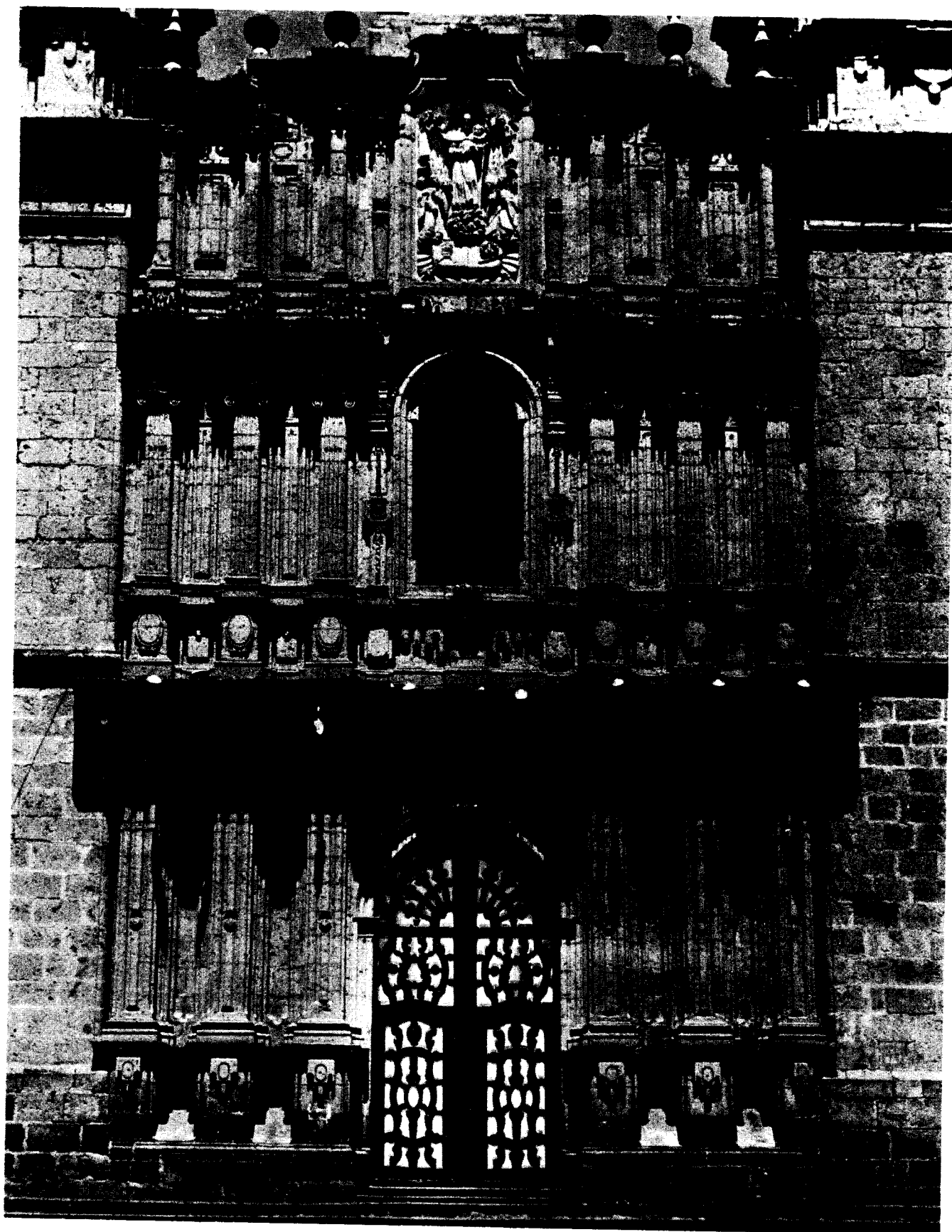
El patio principal, de amplias proporciones y robustas arcadas que cabalgan sobre pilares tablerados, es modelo de equilibrio y majestad en su diseño.

Tiene la muy jesuítica distribución de claustro abierto en la parte baja para la recreación, y de claustro alto cerrado con ventanas, para la meditación y el estudio. El monumento fue restaurado muy acertada y dignamente en 1970, año del que data la fuente central, que en su trazo refleja el sentido de la proporción y el carácter estilístico de lo que la rodea.

(Foto March)



Colegio de los Jesuitas. Patio principal.



Iglesia de San José.

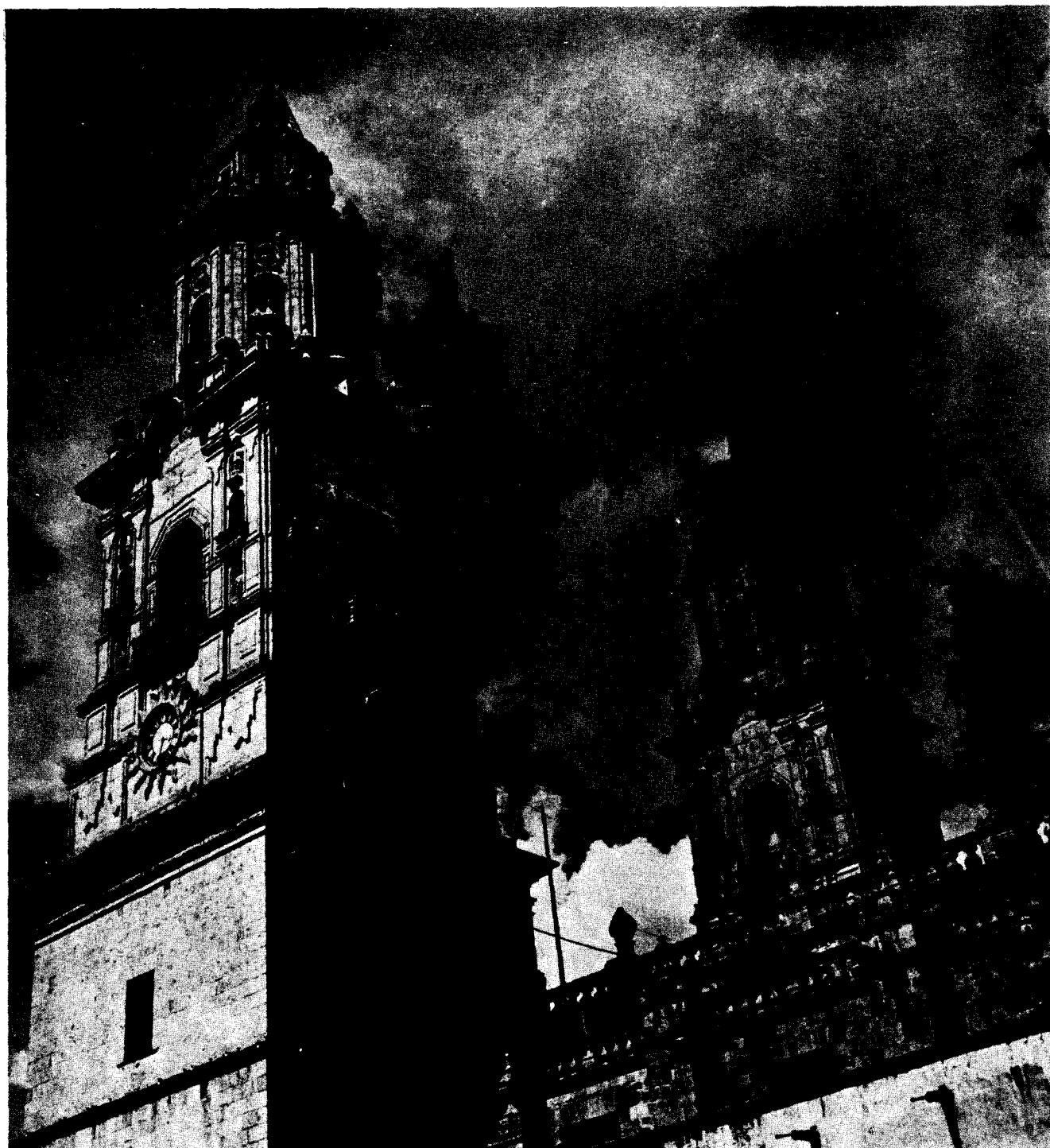
La fachada principal de esta iglesia, que fue construida entre 1760 y 1764, es elocuente prueba de cómo el barroco, en Valladolid, supo manifestar grandeza y magnificencia dentro de la medida, cuando que, en lo general, en el resto de la Nueva España se erigían en otras ciudades y por dichas fechas, algunas de las más delirantes y esplendorosas fachadas churriguerescas; sin embargo, y como nota de conciencia de cómo el estípite privaba en la arquitectura del momento, enmarcan el relieve del patrocinio de San José dos pilastras en que el estípite hace acto de presencia y se muestra duplicado y contrapuesto por la base, formándose así un fuste losángico.



La Catedral.

El obispado de Michoacán se erigió el 18 de agosto de 1536, por Bula del Papa Paulo III. Su primer obispo, el ilustrísimo don Vasco de Quiroga, tomó posesión el 22 de agosto de 1538, estableciendo la sede en Tzinzunzan, la que trasladó a Pátzcuaro en 1540, permaneciendo allí hasta 1580, año en que se trasladó a Valladolid. Esta serie de traslados motivó que el edificio de la catedral actual no se comenzara sino hasta 1660 —siendo obispo fray Marcos Ramírez del Prado—, con traza del arquitecto italiano Vincenzo Baroccio de la Escayola, quien terminó por llamarse en estas tierras Vicente Barroso; él dirigió la obra hasta su muerte, acaecida en 1704. Le siguieron Pedro de Guedea, hasta 1716, y la concluyó José de Medina con la edificación de sus fachadas y torres; la torre del poniente lleva la fecha de 1742, y la fachada la de 1744.

El obispo don Pedro Anselmo Sánchez de Tagle complementó la obra construyendo los anexos para oficinas de la Mitra, en 1765, y son estos anexos los más amplios y hermosos de origen colonial que una catedral conserva en el país.



La Catedral. Las torres.

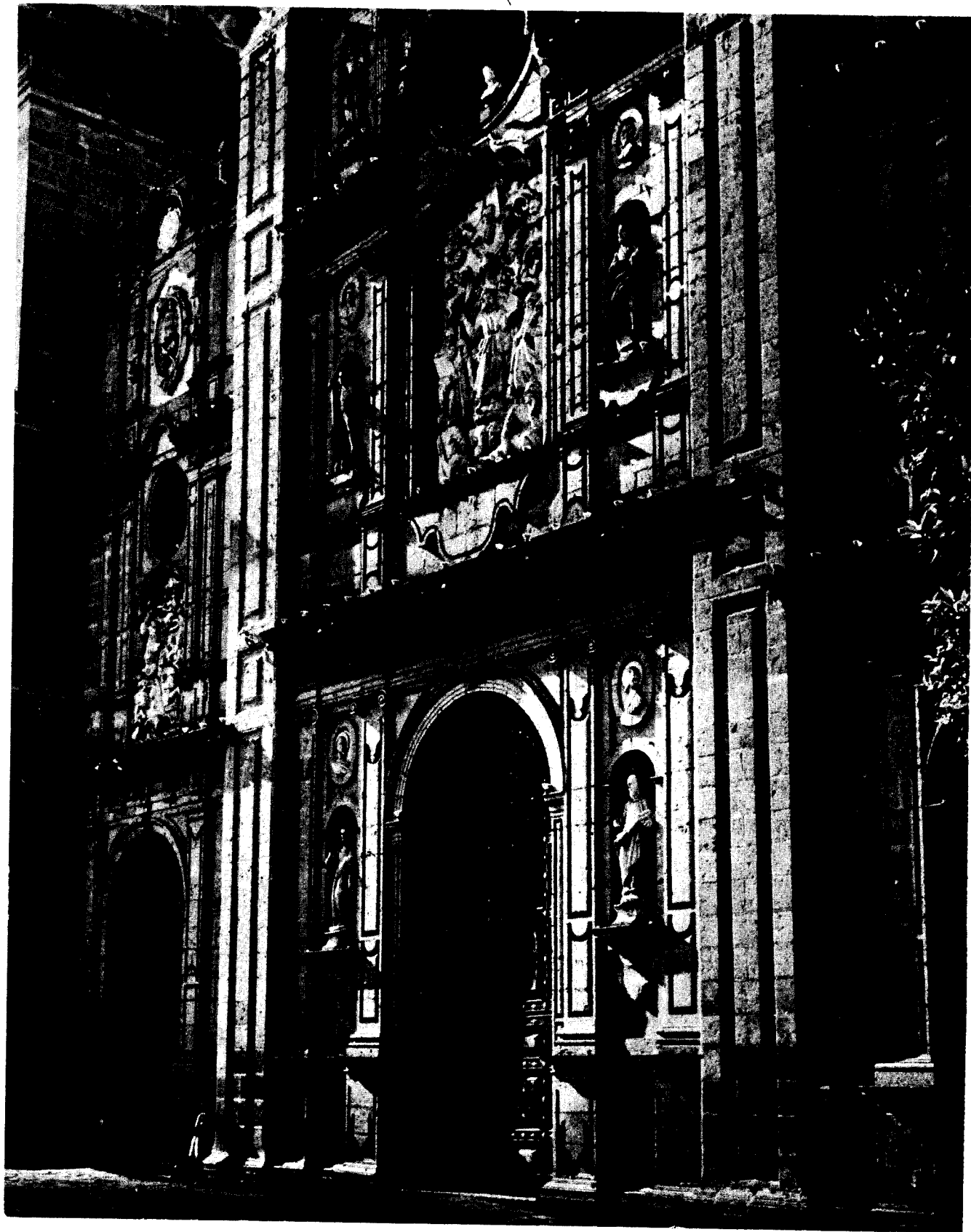
Las torres son el mayor regalo estético que la catedral ofrece a la ciudad y al paisaje. Sobrepasan los sesenta metros de altura, y por esto son las torres barrocas más altas del continente. En su gran monumentalidad podrían parecer desmesuradas en relación con la altura de la fachada y el cuerpo de la iglesia, pero un sabio sentido de proporción relaciona el conjunto, el que se rige armónicamente por medio de triángulos equiláteros que envuelven a la fachada y pautan la altura de la cúpula y de las torres en un trazo "áureo".

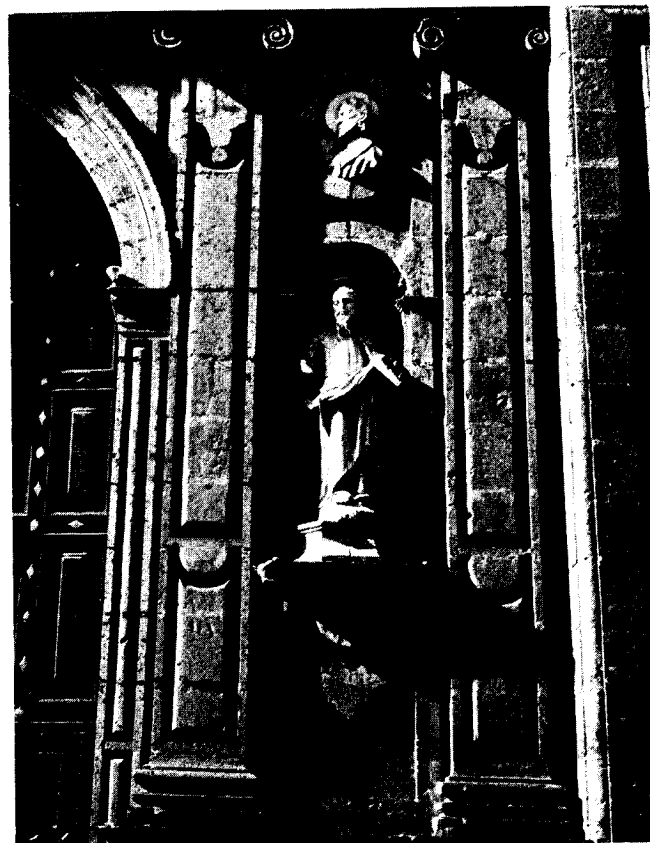
Nota de originalidad la tienen también con la presencia de las ocho carátulas para reloj —cuatro por torre— que con obsesiva insistencia barroca dan la medida del tiempo a los cuatro vientos, como recordando las postrimerías y la fugacidad de nuestra hora y que se deben aprovechar para la santificación, como seguramente lo hicieron los treinta y dos santos que pueblan los nichos de ambos campanarios.

La Catedral. Fachada principal.

Por haberse construido de mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII, en un lapso que abarca casi un siglo, pero precisamente el siglo de la plenitud barroca, la Catedral tiene una gran homogeneidad estilística y por sus fachadas y torres constituye el monumento más notable e importante en toda la nación, dentro de la modalidad del barroco tablerado, ya que en su exterior muestra 172 pilastras combinadas con un sinfín de tableros y sin una sola columna, lo que da a sus fachadas y torres ese aspecto de relieve planimétrico o de colosales grabados arquitectónicos de piedra. La imaginería, realizada en su mayor parte con piedra blanca, contrasta y destaca acertadamente con los tonos rosa y violeta de la cantera moreliana; se cuentan exteriormente cuarenta y una esculturas exentas y nueve relieves, y veintiún grandes escudos labrados en piedra, y además hubo ocho enormes, de España, sobre el hueco principal de las torres, los que fueron destruidos en 1826 por efecto del torpe decreto que obligaba a desaparecer los escudos nobiliarios.







La Catedral. Escultura de San Pablo y relieve de San Mateo en la fachada mayor.

Incorporadas a la arquitectura, las numerosas imágenes que muestra la Catedral no están colocadas al azar, sino que conforme al espíritu didáctico del barroco, para que insinúen, como insinúan, una correlación simbólica que no se detiene en la iconografía o el estudio de la evolución o del significado particular de las mismas, sino que va más allá, a una verdadera iconogénesis que no sólo las describe o las analiza individualmente, sino que las relaciona con el todo que las rodea. Considerado esto así, creemos que la secuencia o estructura iconogética parte del gran relieve central de la fachada mayor, que representa La Transfiguración, misterio titular de la Catedral. Como en este misterio Cristo se manifiesta como Dios al unísono con el Padre y el Espíritu Santo, los dos relieves que lo enmarcan a los lados, sobre las portadas de las naves laterales, lo revelan como hombre, palpable físicamente ante la adoración de Los Reyes y los pastores: esto es que ricos y pobres, sabios e ignorantes, todo el género humano representado por ellos, se postra y adora a Cristo, Dios y hombre. El traje y dejó su mensaje, representado por los cuatro relieves de los evangelistas que rodean a La Transfiguración en el primero y segundo cuerpos de la portada central.

Las respectivas esculturas de San Pedro y San Pablo en los nichos, a los lados de la puerta principal, son la autoridad que Cristo delegó en la Iglesia: San Pedro

con las llaves del Reino, y la conversión, defensa y organización de la santa institución expresadas en San Pablo. Arriba San Miguel y San Juan Bautista: San Miguel, cuyo nombre significa "semejante a Dios", es también su justicia y su defensa, funciones todas que la Iglesia debe cumplir; y el Bautista como asceta, precursor y mártir que predice al Cordero, complementa la idea. Finalmente, en el último cuerpo aparecen Santa Bárbara y Santa Rosa de Lima, santidad de los primeros y de los últimos tiempos, del viejo y del nuevo mundo, respectivamente, y ambos casos simbolizan testimonios de superación y perfeccionamiento espirituales, y de ahí el acierto de su colocación como extremo superior de la fachada. (Continúa en la siguiente lámina).



La Catedral. Tablero de la puerta mayor con chapetones y el escudo pontificio aplicados en bronce.

Las dos portadas laterales ostentan sendos relieves que hacen juego con el de La Transfiguración, tanto por su dimensión como por su colocación sobre las puertas, y su simbolismo prolonga la alusión a las naturalezas de Cristo, pues la portada oriente tiene a la Virgen de Guadalupe, María, en quien encarna su naturaleza humana, y en la del poniente a San José, patrón de su cuerpo místico, que es la Iglesia como asamblea de fieles y alegóricamente el propio edificio. El relieve de la Guadalupana es el de mayores proporciones y el único que aparece en una portada catedralicia de la época colonial, como prueba y manifestación de ese nacionalismo que el barroco fomenta y exalta, pues no podemos olvidar que será la Guadalupana el estandarte que años después Hidalgo enarbole como signo de independencia.

Cabe anotar que como remate de los dos contrafuertes del ábside, aparecen de nuevo San Pedro y San Pablo, y una gran cruz entre ambos, como si se reiterara que de la fachada al ábside, de principio a fin y de portada a contrafuertes, entre lo bajo y lo alto, la Iglesia tiene la autoridad y la verdad. Finalmente, esta lógica en la colocación de imágenes en las dos únicas cúpulas que tiene el templo, en la de la Capilla del Sagrario hace rematar su linternilla en una fina escultura de la Fe, con sus ojos vendados y levantando el cáliz y la hostia eucarística, ya que justamente bajo esta cúpula se guarda ese misterio de fe. La cúpula mayor, en cambio, remata en grácil pleonasmo plástico, pues se corona con una corona para indicar el resumen de autoridad y nobleza que como cuerpo arquitectónico tiene en relación con el edificio, y con la otra en lo espiritual o religioso como cabeza de la ciudad y del obispado.





La Catedral. Cúpula.

Concluida a principios del siglo XVIII, con una silueta de nobles proporciones, lo correcto de su estereotomía influyó durante todo el siglo en la construcción de otras iglesias en todo el dilatado territorio que fue de la diócesis.



La Catedral. Nave central.

Entre las catedrales virreinales de varias naves, solamente las de Durango y Valladolid levantan sus pilares a base de pilastras adosadas que en Morelia se triplican en los ingletes, multiplicando los acentos verticales de tal manera que el efecto ascensional en la perspectiva hace recordar a lo gótico. La esbeltez espacial se acentúa debido tanto al grosor de los pilares que anulan en parte la fuga de perspectiva hacia los lados, como por el predominio total de la proporción vertical, pues la altura de la nave mayor excede en dos tantos a su anchura.

(Foto March)



La Catedral. Nave lateral.

El interior catedralicio fue totalmente renovado en su decoración a partir de 1898, básicamente por medio de grutescos italianizantes en pilares y bóvedas, complementados con casetones floreados y en relieve en el intradós de los arcos y la cúpula.



La Catedral. El órgano.

La churrigüesca fachada del órgano catedralicio procede del primitivo coro que se encontraba en la nave. Actualmente recubre la maquinaria del también magnífico órgano alemán construido a principios del siglo y uno de los mejores de México.

(Foto March)



La Catedral. Claustro de la Mitra.

Sorprende, por su fecha de construcción: 1765, que el claustro catedralicio muestre ya un decidido aspecto neoclásico que se anticipa en muchos años al gusto por venir, en tanto el barroco estaba en su apogeo..

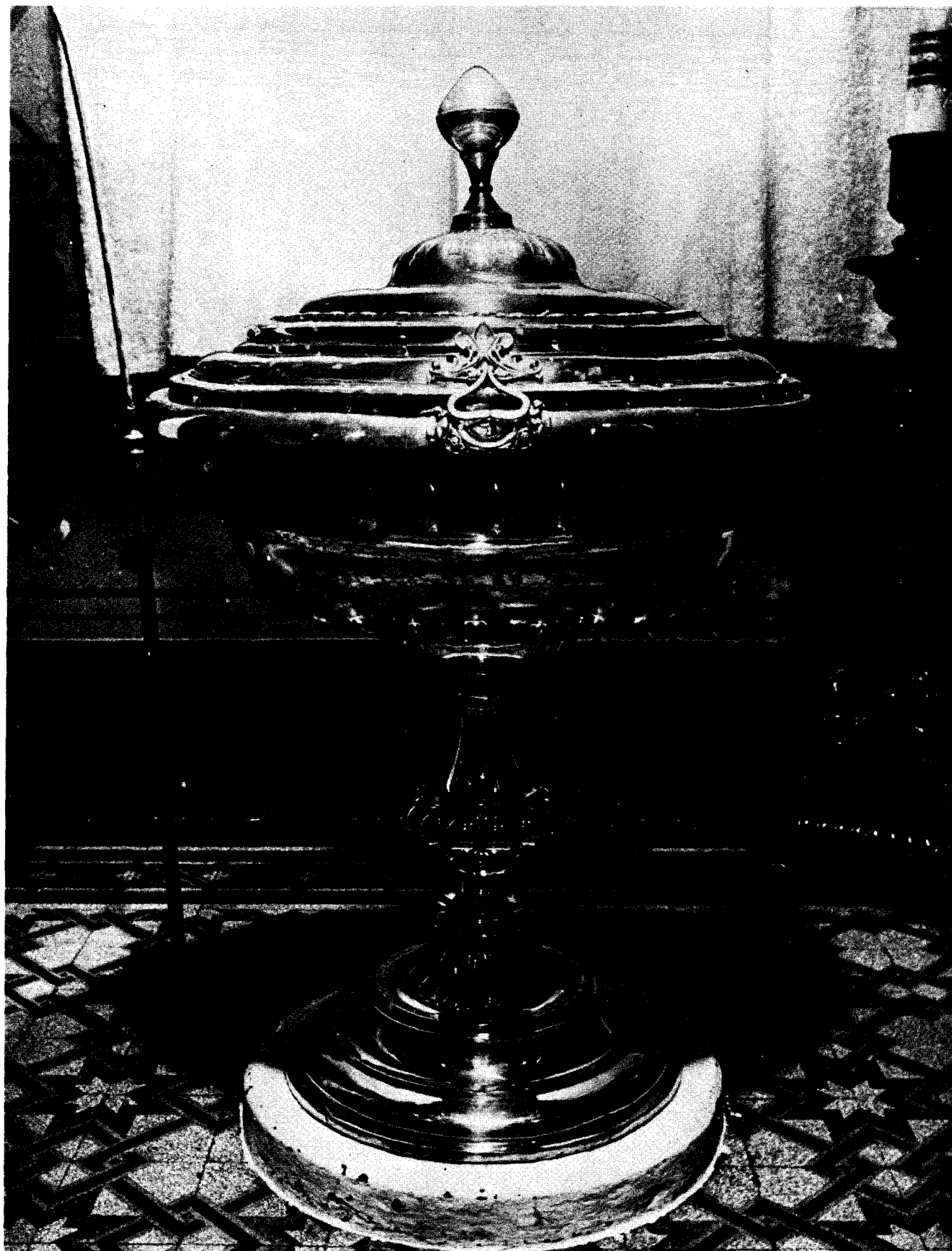
La Catedral. Altar mayor.

Entre los graves saqueos y la destrucción de retablos por cambio de gusto, el interior de la Catedral se encuentra muy empobrecido; pero aún muestra ejemplos de su antigua riqueza y esplendor. Entre ellos el Sagrario neoclásico de plata en el altar mayor, dos Cristos en bronce dorado del insigne Manuel Tolsá y, por sobre todo, el gran manifestador de plata, quintado por los plateros Castillo y González, que se hizo en la segunda mitad del siglo XVIII y mide 3.19 mts. de altura, y es por lo tanto el único y más grande que de la época colonial se conserva en el país.

Por medio de cincuenta relieves y treinta estatuillas de plata sobredorada, en el primer cuerpo, se representan alusiones eucarísticas del Antiguo Testamento; en el segundo, figuras y profetas, también eucarísticos, alternan con los apóstoles, y el tercer cuerpo aloja en sus cuatro rizadas pilastrillas los relieves de los cuatro evangelistas y de los cuatro doctores de la Iglesia, mientras la Trinidad se hace presente: el Padre en forma de sol bajo la bovedilla del remate; el Hijo como Cristo maestro y redentor, en medio, y la paloma del Espíritu Santo bajo la bóveda media y sobre el espacio destinado a la custodia. Es esta, sin duda, una de las más importantes joyas de orfebrería colonial que conserva el país.

(Foto March)



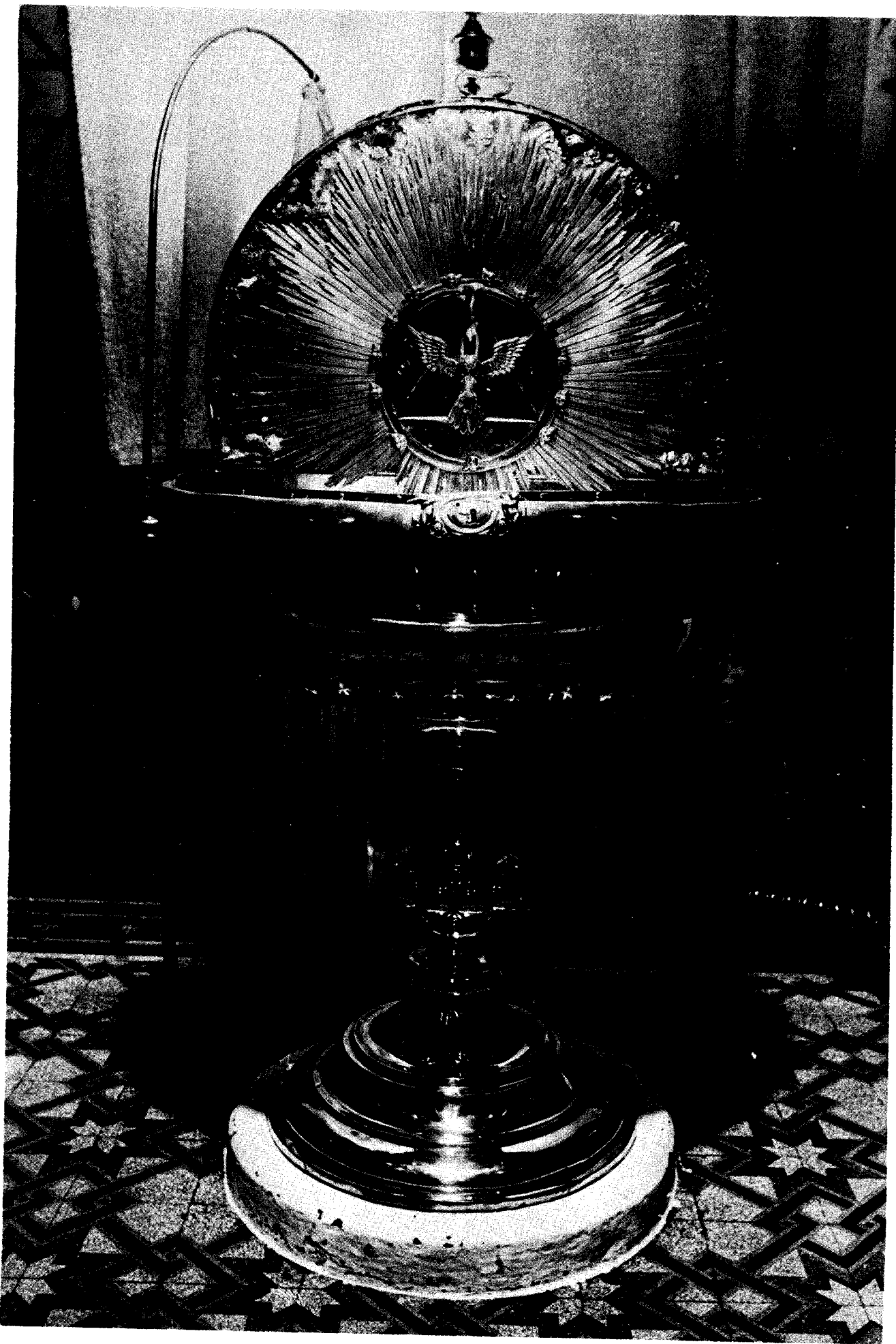


La Catedral. Pila bautismal.

Entre los tesoros que aún guarda la Catedral, destaca la histórica y suntuosa pila bautismal de plata, del siglo XIX, la que, cerrada, tiene el aspecto de un gran copón.

La Catedral. Pila bautismal.

La pila bautismal, al abrirse para la ceremonia del Sacramento, estalla en luz con su neoclásico resplandor dorado y así parece un enorme cáliz con la hostia, emblema de la fe y la gracia que allí se reciben.





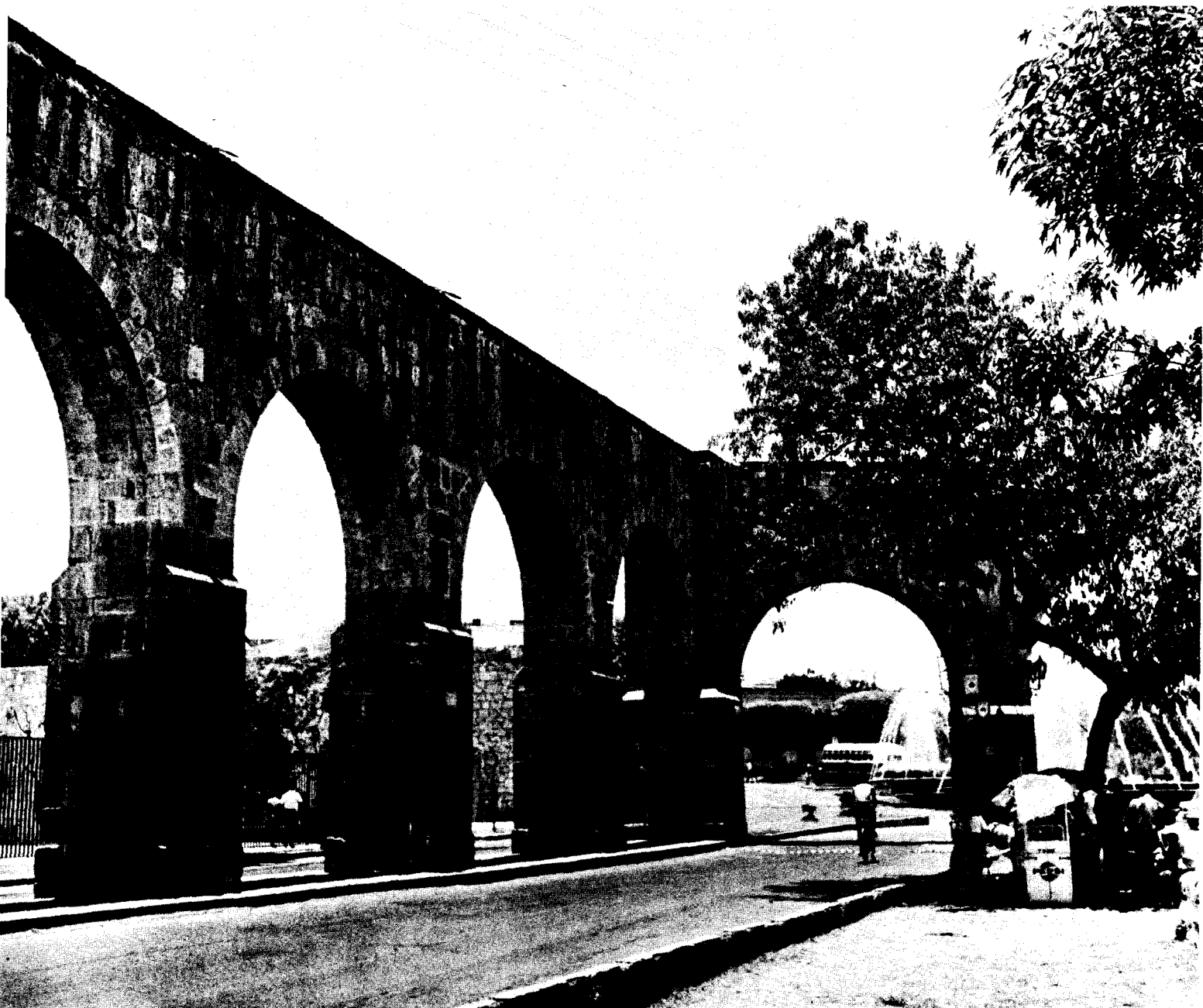
Avenida Madero.

La perspectiva de la antigua calle Real de la colonial Valladolid, es muestra elocuente de cómo, en la actual Morelia, se ha preservado la armonía de su arquitectura, sin volúmenes o notas disonantes, pese a la evolución y variedad de los estilos que el tiempo ha ido acumulando.



Calle de Hidalgo.

La calle cerrada de San Agustín, hoy de Hidalgo, se regeneró y restauró en 1970, cerrándose también para el tránsito de vehículos, solución con la que Morelia se anticipó en esta idea a la capital de la nación, en donde poco después se han arreglado y dejado exclusivamente para peatones algunos tramos de calles del centro histórico.



El acueducto.

En el año de 1785 la ciudad padecía escasez de agua, pues su acueducto se encontraba en estado ruinoso, y el pueblo sufría también hambre por falta de víveres y dinero, debido a que una larga sequía hizo perder las sembradas en el campo y a la especulación que agravaba la situación, especialmente en cuanto a los pobres e indígenas. El obispo Fray Juan de San Miguel ofreció sus caudales con el fin de que se diera trabajo a los más necesitados, y este trabajo consistió en la reparación de algunas calles y calzadas, entre ellas la de Guadalupe que hoy lleva el nombre del benemérito obispo, y principalmente en la construcción del actual acueducto, que fue terminado hasta 1789.

Consta esta obra de 253 arcos de cantería proporcionados y robustos, los que al salvar diferentes alturas en el trayecto que recorren, no cumplen solamente una función utilitaria, o de ingeniería, sino que muestran una intención estética, perceptible en sutiles cambios de trazo y en aplicaciones ornamentales en algunos puntos, donde penden guardamalletas, además de que con acierto plástico los contrafuertes pautan el ritmo de las arcadas.



El acueducto. Caja de agua.

Con su aspecto de cúpula y torreón a la vez esta caja de agua para interceptar las impurezas o basuras que podría arrastrar el caño, es buena prueba de cómo un impulso de belleza y perfección alentaba en esas fechas hasta en las obras de simple utilidad pública, convirtiéndolas así en arte suntuario, aun cuando escasamente fueran contempladas, pues debe considerarse que, por entonces, esta edificación lucía en pleno despoblado.

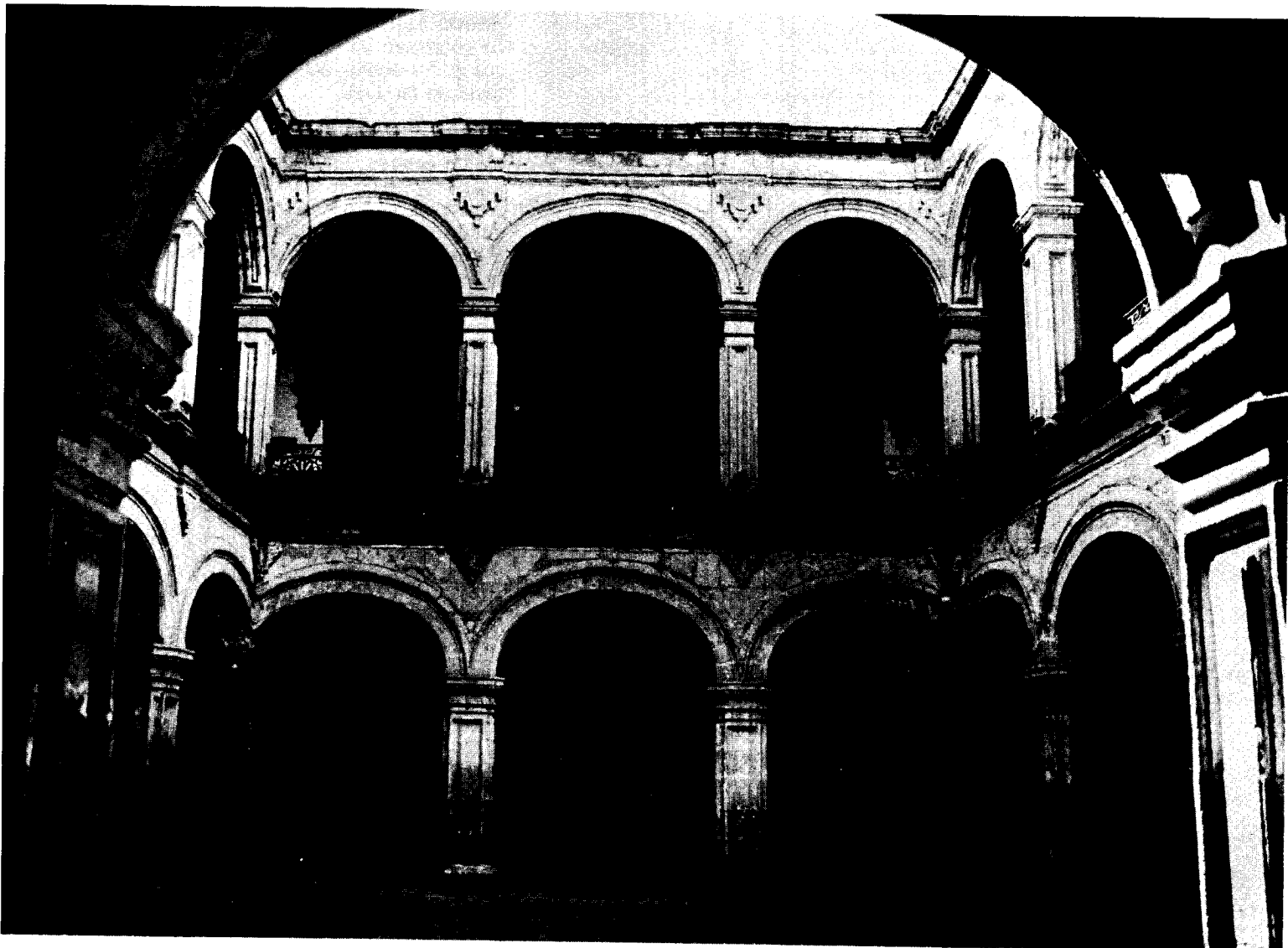


Palacio de Justicia. Patio.

El Palacio de Justicia fue el de Las Casas Reales, o sea el verdadero Palacio del Gobierno colonial, y por eso el edificio da frente a la Plaza de armas. Su patio es de principios del siglo XVIII; este patio resulta muy significativo para la posterior evolución de la arquitectura civil de la ciudad, por la presencia de los vigorosos tableros en las pilastras y en el intradós de los arcos y, sobre todo, porque en los cuatro ángulos que forman los corredores bajos aparecen, por primera vez, los arcos cruzados que hacen innecesaria la pilastra o columna angular.

Torpedamente, y sin necesidad, en el siglo XIX se mutiló el pinjante y se colocó una raquílica e inútil pilastra bajo los arcos suspendidos; pero, afortunadamente, fue retirada en 1974.

Con esta solución se ve que el barroco jugó en Morelia de tal manera que es una de las más notables características de la ciudad, en la que dejó numerosas variantes como lo son los arcos suspendidos en pinjante, que es este caso, o los cruzados en la clave como en el Palacio Municipal o aun los de "pata de gallo", en los que como Y griega tres secciones de arco se juntan en una sola clave: dos siguiendo el paño o eje de corredores y el tercero apoyado en el ángulo que forman los muros. La antigüedad del caso, en este palacio, lo hacen más notable, ya que es anterior al tan celebrado similar que aparece en el Palacio de la Inquisición, de la ciudad de México, y en Morelia trascendió al grado de haber sido adoptado el sistema por el neoclásico, y aun recién se han construido patios así.



Palacio de Justicia. Patio principal.

